

lente, bajo el mando de Suerido y de Coliar; y atacada por los amotinados habitantes de Andrinópolis, los rechazó y se unió al gran cuerpo de sus compatriotas. Fritigerno pasó el Hemo y sitió á Andrinópolis sin lograr tomarla. Los obreros empleados en las minas de Rodope se sublevaron, refugiáronse al seno de los Bárbaros, y les sirvieron despues de guías en los reductos mas secretos de los Romanos. Los Godos libertaron á sus hijos cautivos (29), quienes les relirieron lo que habian padecido por la lascivia y crueldad de sus señores: parte de los Hunos y de los Alanos se aliaron con los Godos.

Entonces pensó Valente en poner remedio á los males que habia originado; retiró las legiones de Armenia, y pidió socorros al jóven emperador Graciano, que acababa de suceder á Valentiniano su padre, y que envió en auxilio de Valente á Richomer, conde de los criados, con las legiones galas. Un primer ejército romano, bajo las órdenes de Trajano y Profuturo, se acercó á los Visogodos acampados en la embocadura meridional del Danubio, á sesenta millas al Norte de Tomos, destierro de un poeta: Fritigerno mandó encender hogueras para llamar á sus bandas derramadas por la llanura. Ligáronse los Visogodos con un juramento terrible, y entonaron cánticos á la gloria de sus abuelos; respondiéronles los romanos con el *barritus*, grito militar que comenzando casi en voz baja, y siempre creciendo, concluía con una explosion espantosa (30). La batalla de los Sauces, que tomó su nombre de los pacíficos árboles bajo los cuales se dió, duró el dia entero, y la victoria permaneció indecisa. Los Visogodos volvieron á entrar en su campamento; y los Romanos no osaron renovar el combate, determinando encerrar á los Bárbaros en el ángulo de tierra que forman el Danubio, el mar Negro y el monte Hemo. Los Ostrogodos y el partido de los Hunos y de los Alanos, con el cual, Fritigerno habia formado alianza les libertaron.

Valente, suspendiendo la guerra que hacia á los frailes, partió por fin de Antioquia con un segundo ejército. Habiendo llegado á Constantinopla maltrató al general Trajano, amigo de San Basilio. Al cabo de algunos dias salió de la capital de Oriente, echado por el desprecio popular y por los clamores de la muchedumbre que le daba prisa para que marchase contra otros enemigos (31).

El monge Isaac salió inmediatamente de su celda próximo al camino por donde pasaba el emperador, y poniéndose en su presencia le dijo gritando: «¿A dónde vas? Has hecho la guerra á Dios, y ya no está en favor tuyo. Desiste de tu impiedad, ó no volveré ni tú ni tu ejército.» El emperador contestó: «Ponedle en la cárcel. Falso profeta, volveré y mandaré que te quiten la vida.» Isaac respondió: «Mándame dar la muerte si hallas mentira en mis palabras.» Los frailes cristianos (32) reemplazaban á los filósofos énicos, diferenciándose tan solo en las costumbres.

Los Godos despues de haber saqueado por segunda vez la Trácia y pasado el Hemo, inundaban los alrededores de Andrinópolis. Frigerido, general de Graciano, habia derrotado á varios aliados de los Godos, entre otros á los Taifalos, bárbaros licenciosos, cuyos prisioneros fueron trasladados á las tierras abandonadas de Parma y de Módena (33). Sebastian, general en jefe de la infantería de Valente, se habia dedicado á restablecer la disciplina en un cuerpo particular, el cual logró inmensa ventaja sobre un número superior de enemigos. Embriagado con tales triunfos, preparóse Valente para vencer á los pueblos godos y se estableció en un campo fortificado bajo las murallas de Andrinópolis.

Richomer, venido del Occidente, corrió á anunciar á Valente que su sobrino, vencedor de los Alemanes, se adelantaba para sostenerle.

Al propio tiempo un obispo enviado por Fritigerno,

político tan astuto como diestro caudillo, se presentó con humildes palabras y sumisiones. Protestó públicamente de la fidelidad de los Godos, que á su decir tan solo solicitaban apacentar sus ganados en la desierta Trácia; pero en cartas secretas, estimulaba Fritigerno al emperador á emprender la marcha (34), asegurándole que el solo terror que inspiraba su nombre obligaria á los Godos á someterse. Valente, zeloso de la fama de Graciano, no quiso esperar á un príncipe jóven que podia arrebatarle el honor de la victoria, ó por lo menos participar de él, y levantó el campamento el 9 de Agosto del año de 378, dejando en Andrinópolis el tesoro militar y los ornamentos imperiales.

A ocho millas de la ciudad descubrieron, formando un círculo, los carros de los Bárbaros. Los Romanos tomaron tristemente sus disposiciones militares entre los lúgubres clamores de los Godos (35): estos admirados también del estruendo de las armas y del ruido de los escudos que golpeaban los legionarios, enviaron á proponer la paz, porque no habia llegado aun su caballería mandada por Alateo y Safrax. Valente se obstinó en no dar oídos sino á negociadores de elevada esfera: el soldado romano se fatigó con el calor del dia, acrecentado con un vasto incendio, porque habian prendido fuego á las yerbas y á la leña seca de los campos (36). Fritigerno pidió á su vez un hombre de distinción para tratar de un acomodamiento, y habiéndose ofrecido Richomer, partió con consentimiento de Valente, cuyo corazon comenzaba á desmayar. Apenas se habia acercado al campamento enemigo, cuando los sagitarios y los escutarios empeñaron el combate. La caballería de los Godos volvia entonces reforzada con un cuerpo de Alanos; y sin dejar tiempo á Richomer para desempeñar su mision, se precipitó contra las tropas imperiales.

Encontráronse los dos ejércitos cual las proas de los bajeles, dice Ammiano (37). El ala izquierda de las legiones llegó hasta los carros; pero abandonada por su caballería, quedó abrumada bajo el sin número de bárbaros que cayeron sobre ella como un enorme derumbamiento de tierra (38). Detuviéronse los soldados romanos; y apiñados unos contra otros, faltóles espacio para tirar de la espada: nunca se vieron sus cabezas amenazadas de un peligro mas inminente bajo aquel cielo en que acababa de extinguirse la luz del dia (39).

En medio de aquella confusion, horrorizado Valente, saltó por encima de los montones de muertos, y se refugió entre las filas de los lanceros y maciarios que aun se defendian. Los generales Trajano y Victor buscaron en vano la reserva formada de soldados Bátavos, porque los caminos se hallaban obstruidos con los cadáveres de los caballos y de los hombres. Una flecha quitó la vida al emperador al cerrar la noche, aunque otros dicen que lo llevaron herido con varios eunuco á la casa de un labriego, y que habiendo llegado los Godos y hallado atrancada la puerta, la prendieron fuego (40), ignorando quién se hallaba dentro. Valente pereció entre las llamas. «Fue quemado con régia pompa, dice Jornandés, por los que le habian pedido la verdadera fe, y á quienes habia engañado dándoles el fuego del infierno en vez del fuego de la caridad (41).»

Los dos generales Trajano y Sebastian, Valeriano, caballero mayor, Egnicio gobernador de palacio; Potencio, tribuno de los Promos; otros treinta y cinco tribunos, y las dos terceras partes del ejército romano, quedaron en el campo. Segun el autor ya citado la historia no presenta otra batalla en que haya sido tan horrorosa la carnicería, si exceptuamos la de Canas (42).

Los Godos dieron el asalto á Andrinópolis sin lograr su rendicion; y habiendo descendido hasta Constantinopla, admiraron los edificios que descollaban por

encima de las murallas que defendian la ciudad: su destino era ver á Constantinopla y tomar á Roma: entre estos dos límites, el mundo civilizado era la liza abierta para sus correrías. Horrorizados con la acción de un sarraceno (43), retrocedieron hácia el Hemo, forzaron el paso de Sugnes, y se derramaron por un país fértil hasta el pié de los Alpes-Julianos. Los lugares por donde habia pasado aquella muchedumbre, no presentaban mas que el aspecto de una playa desierta y asolada cuando se ha retirado el flujo que ha atraído las tempestades y los bajeles.

Libanio compuso la oracion fúnebre de Valente y de su ejército. «Las lluvias del cielo han borrado la sangre de nuestros soldados; pero quedan sus huesos blanqueando, testigos mas duraderos de su arrojo. El mismo emperador ha caído á la cabeza de los Romanos, No imputemos la victoria á los Bárbaros; la cólera de los dioses es la causa única de nuestros infortunios.» Libanio se acordaba de Juliano.

Ammiano que termina su obra en la muerte de Valente, procura tranquilizar á los Romanos sobre los triunfos de los Godos: recuerda las diferentes invasiones de los Bárbaros desde la de los Cimbros, con el objeto de probar que nunca lograron buen éxito: esta digresion del historiador, manifiesta mucho mejor de de que yo pudiera decir el terror de los pueblos y sus presentimientos sobre el porvenir.

El mismo Ammiano cuenta (y son casi las últimas líneas de aquel soldado griego de la ciudad de Antioquia, que escribia en latin sus recuerdos en la ciudad de Roma); este mismo Ammiano cuenta, que el duque Juliano que mandaba mas allá del Tauro, ordenó por medio de cartas secretas que asesinaran en el dia y hora señalados á los Godos dispersados por las provincias de Asia. «Merced á este artificio prudente se libró el Oriente, sin estruendo y sin combates, de un peligro inminente (44).» La lección provenia de Mitrídates; pero no aprovechó ni al reino del Ponto, ni al imperio romano. Graciano vengó mejor á Valente, elevando á la púrpura á Teodosio.

SEGUNDA PARTE.

La familia de Teodosio era española, como la de Trajano y de Adriano. Teodosio* no solicitó el poder, ni empleó mas intrigas que su fama, ni mas protectores que la necesidad. Estaba desterrado, y era hijo de un gran general, decapitado injustamente en Cartago (1): deseaba la paz y la mediania, y tuvo guerras y riquezas: un emperador que apenas frisaba en los diez y nueve años le nombró colega suyo.

En el reinado de Teodosio, sucesor de Valente en Oriente, los Godos se dividieron y se sometieron. Los Visogodos se establecieron en la Tracia, los Ostrogodos en la Frigia y en la Lidia, é introducidos en el imperio no salieron ya de él. Un partido (el de Fravitta, que era pagano), queria permanecer fiel á los Romanos; y otro (el de Prulfo ó de Eriulfo) sostenia que no habia obligacion de guardar fidelidad á señores cobardes y perdidos. La enemistad de ambos gefes estalló en un banquete á que Teodosio los habia convidado. Fravitta siguió á Prulfo que se habia levantado de la mesa, y le sepultó su espada en el vientre (2).

Graciano gobernaba el Occidente, mientras que su hermano Valentiniano II, niño aun, residia en Italia. El poeta Ausonio, que profesaba el helenismo, habia tenido parte en la educacion de Graciano (3), y San Ambrosio habia compuesto para este príncipe, á quien llamaba cristianísimo (4), una instruccion sobre la Trinidad. Graciano se negó á tomar el ropaje pontifi-

* GRACIANO, VALENTINIANO II, TEODOSIO I, emper. DAMASO I, SIRICO, papas. De 389 á 395.

cal de los idolos (5); publicó, y rebocó despues un edicto de tolerancia (6), y eximió á las mujeres cristianas de subir al teatro (7). El Cristianismo era un derecho futuro á la libertad, y un privilegio actual de virtud.

Graciano, prefiriendo la caza á los demás placeres, entregaba su confianza á los alanos de su guardia, que se distinguian principalmente como cazadores; y los otros bárbaros que estaban en su servicio concibieron profunda envidia. Mellobaudez, rey de una tribu de los Francos, (aquel mismo Mellobaudez que habia querido hacer reconocer á Valentiniano II, para reinar en nombre de un niño), habia logrado á fuerza de doblez ser el favorito de Graciano. Entonces Máximo, soldado ambicioso, permitió que le proclamasen Augusto en la Gran-Bretaña: cayó sobre las Galias, acompañado de treinta mil soldados, y seguido de una poblacion numerosa que se fijó en parte en la Armórica. Graciano que residia en Paris, emprendió la fuga, y detenido por el gobernador del Lyonesado, fue puesto en manos de Andragacio, general de la caballería de Máximo y sufrió la muerte. Mellobaudez participó de la suerte de su amo á quien quizás habia vendido (8). El emperador de Oriente toleró la usurpacion de Máximo.

Teodosio publicó un edicto famoso en favor de la religion católica, cuyo edicto ordena seguir la religion enseñada por San Pedro á los Romanos; creer en la divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, autorizando á los que profesasen esta doctrina para que se llamasen católicos (9).

Sin embargo, el arrianismo triunfaba en las orillas mismas del Bósforo: Roma y Alejandria rechazaban hacia cuarenta años la comunión de los obispos y de los príncipes de Constantinopla, y la controversia ocupaba á la ciudad entera. «Rogad á un hombre que os trueque una moneda de plata, y os enseñará en qué se diferencia el hijo del padre; preguntad á otro cuanto vale el pan, y os responderá que el hijo es inferior al padre: informaos si está pronto el baño, y os dirán que el hijo ha sido criado de la nada (10).»

San Gregorio Nacianceno intentó fundar en Constantinopla una iglesia católica; atacáronle y la discordia dividió su rebaño.

Teodosio, despues de haber recibido el bautismo y publicado su edicto, ordenó á Demófilo, obispo arriano, que reconociese el simbolo de Nicea, ó que cediese Santa Sofía y las demás iglesias á los sacerdotes de la fe ortodoxa. Gregorio fue instalado en la cátedra episcopal por Teodosio en persona, rodeado de sus guardias. Pero los santuarios se veian vacíos, y la poblacion arriana lanzaba gritos (11). Esta resistencia produjo la proscripcion del arrianismo en todo el Oriente; y un sínodo convocado en Constantinopla el año 382 confirmó el dogma de la consubstancialidad. La intervencion del poder político no sirvió de obstáculo á S. Gregorio, cansado ya para abdicar su silla é ir á morir en el destierro (12).

Máximo, usurpador de las Galias, tan ortodoxo como Teodosio, fue el primer príncipe católico que derramó la sangre de sus súbditos por opiniones religiosas. Prisciliano, obispo de Avila en España, fundador de la secta de su nombre, fue castigado con la pena capital en Tréveris con dos sacerdotes y dos diáconos (13): el poeta Latroniano, y Euehrocia, viuda del orador Delfidio, sufrieron la misma suerte. Acusaban á los Priscilianos de magia, de vida licenciosa y de impiedad. San Ambrosio y San Martin de Tours condenaron semejantes crueldades.

Dije ya que la emperatriz Justina, segunda mujer de Valentiniano I, y madre de Valentiniano II, era arriana. Quiso abrir en Milan una iglesia de su confesion; Ambrosio se opuso á ello, y siguiéronse turbulencias; mas el santo que las habia excitado con su celo, las calmó con su autoridad. Sin embargo, condenado al destierro, negóse á obedecer, y el pueblo

tomó su defensa. La libertad individual comenzaba á renacer, protegida por la libertad religiosa. Contábase San Agustín entre los discípulos de San Ambrosio.

Máximo que había quitado á Graciano las Galias, la Gran-Bretaña y las Españas, intentó despojar á Valentiniano de las provincias de Italia: engañó á la corte de Milan, no obstante la prevision de San Ambrosio, y atravesó los Alpes antes de que Justina recelase sus proyectos; de suerte que esta solo tuvo tiempo para salvarse con su hijo. La poblacion de Milan era católica, y renunció fácilmente á la fidelidad jurada á una princesa y á un niño arrianos. San Ambrosio se negó á toda comunicacion con Máximo (14).

Justina, llegada á Tesalónica, imploró el auxilio de Teodosio, quien ofreció socorrerla, haciéndola observar que el cielo la imponía el castigo que merecía su herejía (15). Valentiniano tenía una hermana llamada Gala, cuya hermana confirmó en el corazón de Teodosio la resolucion que le inspiraba la gratitud á la familia de Graciano I. Teodosio se casó con Gala y marchó á la cabeza de un ejército de romanos, de hunos, de alanos y de godos, contra un ejército de romanos, de germanos, de moros y de galos. Máximo, vencido en las márgenes de Sava, no mostró valor ni talento: refugióse á Aquilea y cayó prisionero en ella, siendo despojado de los ornamentos imperiales y conducido al campamento de Teodosio, donde perdió su cabeza pocos instantes despues de su corona (16).

Había ocurrido la sedicion de Antioquia un año antes de la victoria alcanzada por Teodosio sobre Máximo: Libanio y San Crisóstomo nos han conservado su doble relacion. Teodosio, no obstante haber pronunciado una sentencia terrible, se conmovió y perdonó: tres años despues no manifestó la misma indulgencia con Tesalónica. En Antioquia habian destruido las estatuas del emperador, de su padre Teodosio, de su primera mujer Flacila y de sus dos hijos Arcadio y Honorio: y en Tesalónica el pueblo había degollado á Boterico, comandante de la guarnicion, por haber encarcelado á un infame cochero del circo, enamorado de las gracias de una esclava jóven de Boterico. Teodosio dió el orden de exterminar el pueblo, cuya orden revocó cuando se había ejecutado ya. La muchedumbre convocada á los juegos del circo, fue acometida por tropas ocultas en los edificios inmediatos. Un mercader había asistido con sus dos hijos al espectáculo, y rodeado de asesinos, ofréceles su vida y su fortuna en rescate de sus hijos: los soldados responden que tienen obligacion de presentar cierto número de cabezas; pero consienten en perdonar una de ambas víctimas, instando al comerciante para que designe cuál quiere salvar. Mientras que el padre mira llorando á sus dos hijos y vacila, los impacientes Bárbaros ahorran á su ternura el horror de la eleccion, y degüellan á ambos niños (17).

San Ambrosio supo en Milan la matanza de Tesalónica, y retirándose á la campiña se negó á volver á la corte. Escribió al emperador: «No me atrevería á ofrecer el sacrificio, si asistieseis á él. Lo que me vedaría la sangre de un solo hombre derramada, ¿podré hacerlo con la carniceria de un sinnúmero de inocentes (18)?»

No contuvo á Teodosio la carta anterior; quiso entrar en la iglesia y encontró en el pórtico á un hombre que le detuvo; era Ambrosio. «Has imitado á David en su crimen, exclamó el santo varon, imítalo en el arrepentimiento (19).»

Ocho meses trascurrieron sin que el emperador obtuviese el permiso de penetrar en el lugar santo. «El templo de Dios, repetía, está abierto á los esclavos y á los mendigos, y me cierran sus puertas!» Ambrosio permanecía inexorable, y respondía á Rufino que le apremiaba: «Si Teodosio quiere cambiar

su poder en tiranía, le entregaré con gozo mi vida (20).» Finalmente, conmovido por el arrepentimiento del emperador, le concedió el obispo la expiacion publica; pero en cambio de este favor obtuvo una ley suspensiva de las ejecuciones de muerte por espacio de treinta dias, contados desde aquel en que se pronunciase la sentencia. ¡Bella y admirable ley que daba tiempo para que se amortiguase la cólera y naciese la piedad! ¡Leccion sublime y provechosa á la humanidad y á la justicia! Si hubieran mediado treinta dias entre la sentencia de Teodosio y su cumplimiento, hubiérase salvado el pueblo de Tesalónica (21).

Despojado el emperador de los distintivos del poder supremo, hizo penitencia en medio de la catedral de Milan: prosternado en el pavimento imploró el perdón del cielo con llantos y súplicas (22). San Ambrosio, prestándole el auxilio de sus lágrimas, parecía haber pecado y delinquido en su compañía (23). Semejante ejemplo siempre famoso, enseñaba al pueblo que los crímenes hacen descender al último rango á los hombres mas elevados: que la ciudad de Dios no reconoce grandes ni pequeños; y que la religion todo lo nivela, y restablece la igualdad entre los hombres. Este es uno de los hechos completos, raros en la historia, en que las tres verdades religiosas filosófica y política habian obrado de concierto. ¡A qué distancia tan inmensa se quedaba aquí el paganismo! La accion de San Ambrosio es una accion fecunda, que encierra ya las acciones análogas de un mundo venidero: es la revelacion de un poder engendrado en la descomposicion de todos los demás.

Teodosio restableció á Valentiniano III en la posesion del imperio de Occidente, y regresó á Constantinopla. Justina murió.

Arbogastes, elevado á los grandes cargos de la milicia, se apoderó de la casa del jóven príncipe; ya hemos podido observar con motivo de Mellobaudes que los francos se introdujeron en todos los negocios del palacio y del Estado. Retenido, casi prisionero en Viena de las Galias por su orgulloso súbdito, Valentiniano manifestó su situacion á San Ambrosio y á Teodosio; mas no tuvo la paciencia de esperar. Llamó á Arbogastes, le recibió sentado en el trono, y le entregó la órden que le destituía de sus empleos. «Tú no me has dado el poder, y no puedes quitármelo,» dijo el franco tirando el papel al suelo (24). Valentiniano cogió la espada de uno de sus guardias para traspasarse ó para herir á Arbogastes (25). Desarmáronle, y algunos dias despues le encontraron ahogado en su cama (26).

Arbogastes desdeñó vestirse la púrpura, y envolvió con ella á un romano que en otro tiempo había sido su secretario y que se llamaba Eugenio, profesor de retórica latina, y empleado despues de palacio (27). Teodosio se preparó por espacio de dos años enteros para vengar á Valentiniano, y envió á consultar á Juan, solitario de Tebaida, que le prometió la victoria (28): Estilicon reunió las legiones con Tusiario: los Bárbaros auxiliares se reunieron al ejército: Alarico, el destructor de Roma, se hallaba entre los reclutas de Teodosio, y figuraban á la sazón en la escena la mayor parte de los personajes que habian de asistir á la caída de la ciudad eterna.

El soldado franco Arbogastes esperó en los confines de Italia con su emperador Eugenio, al soldado godo Alarico que venía con su emperador Teodosio. Ocurrió el primer encuentro bajo las murallas de Aquilea, y perecieron diez mil godos con Bacurio, general de los Iberos. Teodosio pasó la noche atrinchado en las montañas, y al despuntar el día vió que le habian cortado la retirada; recurrió entonces á un expediente empleado frecuentemente con los Bárbaros, poco cuidadosos de la causa y de los señores por quienes vertían su sangre: entabló negociaciones con Arbi-

trion, jefe de las tropas que le cerraban el camino. Estipularon un tratado que escribieron apresuradamente (á falta de papel y de tinta) en las tablillas (29) imperiales.

Teodosio llevó en seguida á sus nuevos aliados al ataque del campo de Eugenio: caminaba delante de los batallones, y haciendo la señal de la cruz, exclamó. «¿Donde está el Dios de Teodosio (30)?» Levantóse una borrasca que sembró el terror entre los Gálos: Eugenio rendido, fue hecho prisionero, atado, agarrotado, conducido á la presencia de Teodosio, y muerto prosternado á sus plantas.

Arbogastes vagó durante dos dias entre las rocas, y se hirió el corazón con el machete, porque la vida y la muerte de un franco únicamente á él pertenecían. San Ambrosio no había querido reconocer á Eugenio, y tuvo el placer de abrazar vencedor á su ilustre penitente. El obispo de Milan (31), Rufino (32), Orosio (33) y San Agustín que parecen autorizados por el mismo Claudino (34), dicen, que los apóstoles Juan y Felipe combatieron á la cabeza de los cristianos en un torbellino. Teodosio había llorado tanto la vispera de la batalla para conseguir la proteccion del cielo, que colgaron de un árbol para secarlos sus vestidos empapados en lágrimas (35): trofeo de humildad que se convirtió en trofeo de la victoria. Juan, el solitario de la Tebaida supo este triunfo en la hora misma en que le consiguió Teodosio (36). En Constantinopla un endemoniado, levantándose por el aire en el momento del combate, gritó apostrofando el tronco decapitado de San Juan Bautista: «Por tí he quedado pues vencido; ¿tú eres quien arruina mi ejército (37)?» Hé aquí los tiempos tales como son.

Teodosio mandó derribar las estatuas de Júpiter, colocadas en la falda de los Alpes: los rayos eran de oro, y los soldados decían que deseaban ser heridos por aquellos rayos: entonces el emperador les entregó el dios tonante (38).

No se habian escapado á la penetracion de mis lectores las numerosas reminiscencias del pasado orden de cosas que hormiguean en esta narracion. Las ficciones del helenismo permanecian en el fondo de los ánimos convertidos al Evangelio; acusábanse y defendíanse de aquellos recuerdos como del crimen de magia, pero no por esto dejaban de atormentarles. Los poemas de Homero y de Virgilio eran como unos templos defendidos por un demonio poderoso: los obispos, los sacerdotes, los solitarios no osaban quemarlos, pero robaban á estos maravillosos edificios cuanto podian convertir en un santo uso. La mitología, reina destronada que dominaba todavía por sus encantos, se apoderó no solo de la literatura cristiana, sino tambien de la historia: fue preciso que las naciones escandinavas y germánicas descendiesen de los Griegos y de Troyanos, y que la Iliada y la Eneida se convirtiesen en primitivas crónicas de los Francos. Los Bárbaros del Norte se reconocieron hijos de Homero, del mismo modo que los Arabes quieren ser hijos de Abraham. ¡Poder prodigioso del ingenio que da por padre de la verdad al padre de las fábulas!

Vemos en el reinado de Teodosio á los destructores del imperio establecido en el imperio; Hunos y Godos al servicio de los príncipes mismos á quienes iban á exterminar; Francos, oficiales de palacio, haciendo y deshaciendo emperadores; Caledonios, Moros, Sarracenos, Persas, Iberos, acantonados en las provincias, porque la ocupacion militar del mundo romano precedió cincuenta años á la particion de aquel mundo. Los mismos hombres que defendían aun al trono de los Césares, crugiendo bajo los pasos de tantos enemigos, no procedían tampoco de la estirpe de Sila y de Mario: Estilicon era de la sangre de los Vándalos, y Acio de la sangre de los Godos. El imperio latino-romano no era ya sino el imperio romano-bárbaro: parecíase á un campo inmenso tomado por ejércitos ex-

tranjeros, al pasar por él, como una especie de patria comun y transitoria. No faltaba para el complemento de la conquista sino algunas destrucciones, la mezcla momentánea de las razas y en seguida su separacion.

La invasion moral se había mantenido á la altura de la invasion física ó material: los cristianos habian creado emperadores como los Bárbaros, y habian sometido á los mismos Bárbaros. «Vemos, dice San Gerónimo. «fluir á Jersalen, sin cesar, multitud de religiosos que llegan de las Indias, de Persia y de Etiopía. Los Armenios deponen el carcaj, y los Hunos comienzan á cantar salmos. El ardor de la fe penetra hasta en las frías regiones de la Escitia, y el ejército de los Godos en que flotan al aire las cabelleras rubias y doradas, lleva consigo tiendas que transforma en iglesias.» (39).

La ruina del paganismo data de los reinados de Teodosio y de Graciano, cuyos príncipes atacaron á un mismo tiempo á la idolatría y á la herejía.

Graciano se apoderó de los bienes pertenecientes al colegio de los sacerdotes y á la congregacion de las vestales; en seguida mandó arrebatar en Roma el altar de la Victoria, del sitio en que los senadores acostumbaban á reunirse; Constancio lo había derribado ya, y Juliano vuelto á restaurar. El Senado encargó á Simmaco que solicitase el restablecimiento de este altar, y la restitution de los bienes tomados. El prefecto de Roma defendió la causa del mundo pagano, y el obispo de Milan la del mundo cristiano. Débese recordar siempre el pasaje tan conocido del discurso de Simmaco.

Roma, cargada de años, se dirigió á los emperadores Teodosio, Valentiniano II y Ascadio diciéndoles: «Excelentísimos príncipes, padres de la patria, respetad la vejez á que he llegado por mi piedad, dejadme conservar la religion de mis antepasados; no me arrepiento de haberla seguido. Viva yo conforme á mis costumbres, puesto que soy libre. Mi culto ha puesto al mundo bajo la sujecion de mis leyes: mis sacrificios alejaron á Anibal de mis murallas y á los Galos del Capitolio. ¿No he vivido tanto acaso sino para verme insultada al cabo de mi larga carrera? Examinaré las instituciones que se me quieren imponer; pero la reforma que se hace en la vejez es tardía é injuriosa» (40).

Simmaco pregunta donde se jurarán las leyes de los príncipes, si se destruye el altar de la Victoria (41): sostiene que la confiscacion de los bienes y rentas de los templos, inicia en el hecho, aumenta muy poco el tesoro del estado. Los infortunios de los emperadores, el hambre que ha asolado á Roma, provienen del abandono de la antigua religion: el sacrilegio ha hecho reinar la sequía en aquel año (42).

San Ambrosio responde á Simmaco: Roma, expresándose por el órgano de un sacerdote cristiano, declara: «que sus falsos dioses no han sido la causa de sus victorias, puesto que sus enemigos vencidos adoraban á los mismos dioses: el valor de las legiones lo ha hecho todo. Los emperadores que se entregaron á la idolatría, no estuvieron exentos de las calamidades inseparables de la naturaleza humana: si Craciano que seguía el Evangelio ha experimentado infortunios, ¿fue por ventura mas dichoso Juliano no el Apóstata? La religion de Cristo es el único manantial de salvacion y de verdad. ¡Los paganos se compadecen de sus sacerdotes, que nunca han estado hartos de nuestra sangre! Quieren la libertad de su culto los que en el reinado de Juliano nos prohibieron hasta la enseñanza y la palabra! ¿Os juzgais aniquilados por la privacion de vuestros bienes y de vuestros privilegios? Pues en la miseria, en los malos tratamientos, en los suplicios es donde nosotros los cristianos hallamos nuestro acrecentamiento, nuestras riquezas y nuestro poder. Todo lo que Roma puede presentar en favor de la virtud casta,